

mos al mismo tiempo con todas nuestra fuerzas la idea de que las instituciones religiosas no son más que una impostura, aunque sólo sea porque los primeros institutores de los pueblos no han podido menos de tener fe en sí mismos para arrastrar al mundo. Ni ¿qué produce la mentira sola? ¿Quién duda ya de que no hay máscara tan pesada que no levante la posteridad curiosa? Por medio de un pequeño fraude puede por un momento usurparse un puesto, pero no se mueven los montes, ni se levantan los templos de Egipto ó las catedrales de la Edad Media, ni se instituye en fin el dogma que sostiene, no ya los edificios de piedra, sino todo el edificio social del género humano.

V

Las revoluciones religiosas en sus relaciones con las revoluciones sociales

Una primera ojeada sobre el paganismo en general sólo deja ver un inextricable caos de fábulas y creencias, en las que no parece posible hallar progreso ni decadencia, á pesar de la sucesión de los tiempos. Imágenes de una eternidad muerta, simulacros inmutables, hacen creer también en la inmutabilidad de las doctrinas, y esta es precisamente la razón por que casi siempre se ha intentado referir las religiones antiguas á un mismo orden de interpretaciones é ideas, sin apercibirse de que el sistema varía de edad en edad; de que la historia de los cielos tiene sus épocas como la historia del globo; de que el cambio de las dinastías divinas implica necesariamente una revolución en las ideas humanas; de que muchas veces los mismos dioses, sin cambiar de fisonomía, cambian no obstante de espíritu y de naturaleza; de que, en una palabra, nada se parece menos, á pesar de la permanencia de los nombres, al dogma de una sociedad caduca que el dogma de una sociedad nueva. Hallar y conocer las variaciones del paganismo sería descu-

brir la causa suprema de las variaciones de la vida social en toda la antigüedad.

No podemos, no obstante las diferencias de los ritos, ver en los cultos principales de Oriente sino una sola y misma religión, dividida en tantas sectas como imperios. Un idioma idéntico comunica á todos ellos igual carácter. El milagro permanente de la naturaleza viva, representado bajo emblemas sagrados; la vida del universo circulando en las venas de los dioses; la fiesta de la creación reproducida en la liturgia del género humano; el nacimiento, muerte y renovación de las cosas, trinidad visible que pasa á ser uno de los misterios del sacerdocio; la encarnación sobre todo de los inmortales bajo la figura del mundo: tal es la constitución originaria del paganismo. Consideremos sucesivamente la Persia, la India, la Caldea, la Fenicia y el Egipto, y nos convenceremos sin dificultad de que el dogma no ha cambiado en todos esos pueblos. Ecos unos de otros, los vedas del Ganges, los cánticos de la Media y los himnos de Tebas, forman un sólo coro en el templo del Asia; todos los imperios se postran ante un mismo universo: Mitra, Indra y Osiris representan bajo nombres distintos el mismo sol, ojo del mundo que les impone con su mirada; por todas partes, en fin, las estrellas del mismo cielo extienden unidas sus rayos sobre los mismos símbolos: conformidad en el dogma, que se encuentra también en las constituciones políticas, pues el panteísmo ha penetrado

dondequiera en el Asia, en el gobierno por el establecimiento de la teocracia y en las leyes civiles por la confusión del derecho privado con el derecho divino. Dios lo era todo, y era necesario que todo lo poseyese, hasta el punto de que el rey, su representante, era único propietario del país, teniendo sólo la humanidad el usufructo de la tierra, cuya soberanía inalienable pertenecía á Dios: primera forma del derecho, derivada de la primera institución de los cultos.

La Grecia es la que parece haber llevado el cisma á la tradición, mas no por eso sus dioses dejan de ser originariamente de la misma naturaleza que los de Oriente. La grande alma del mundo vivía también en el seno azulado de su Júpiter, que, como el Brahma de la India, tenía pendiente de sus manos la cadena de los seres; de la flauta del dios Pan exhalábase la armonía universal, y tenía siete agujeros para indicar el acuerdo de los siete planetas; jugaban los inmortales al nacer con astros de oro; las danzas circulares de los sacerdotes figuraban sobre el monte Oeta el orbe invisible de las estrellas; la orgía, en fin, de Baco aparecía vestida con la túnica rozagante del Asia. Sin embargo, y á pesar de tales conformidades exteriores, se iba poco á poco aplicando á los antiguos símbolos un sentido completamente nuevo, pues si hasta entonces el hombre sólo había adorado á la Naturaleza, desde ahora comenzará á adorarse á sí propio. Tal es el rito de la Grecia, que de mil

modos distintos se personifica en la figura de los dioses olímpicos, á los que hace cómplices de su pasado, atribuyéndoles sus propias acciones. Épocas semiolvidadas, genio particular de las razas y de las tribus, orígenes, guerras, alianzas, cuanto la vida social pudo encerrar en tiempos privados de memoria, otro tanto fué resumido en las vidas olímpicas, que se complicaban con todos los incidentes y cambios de la tradición. Así, á la vez que los trabajos de Hércules representan los del Sol en las doce moradas del año, figuran también los trabajos de la raza de los dorios en sus moradas sucesivas desde la Tracia hasta el Peloponeso; así, en vez de los pensamientos inmutables de la Naturaleza, van insensiblemente llenando, dominando é informando el alma de los dioses olímpicos los pensamientos caprichosos de los pueblos; así, Dios obtiene su vida del soplo del hombre. El principio, pues, de la religión ha cambiado, el orgullo humano se ha revelado claramente por primera vez, y el dogma de la encarnación, sobre el que todo el Oriente descansaba, ha desaparecido. Ya no es la Divinidad quien desciende sobre la tierra y toma por piedad la figura del hombre, es el hombre el que se eleva á la región suprema por el vuelo y el poder de su pensamiento. De en medio del vil rebaño de los seres, es llevado el pastor Ganimedes al seno de lo infinito por el águila soberana, y el género humano, bebiendo por su boca el néctar y embriagándose con él, erige en ley su voluntad

y en dogma su heroísmo. ¿Cómo, pues, semejante revolución en las creencias no había de producir una era nueva en la sociedad civil? El pueblo, en efecto, después de haber sido coronado sobre el Olimpo, no podía ya buscar en otra parte que en sí mismo la fuente legítima del poder, de la autoridad y del derecho, pues que ya de nadie dependía ni á nadie representaba si no es á sí propio. Vemos, pues, aquí la raíz misma y el fundamento de la relación de estas nuevas religiones con la forma política del mundo griego y romano, que trae por consecuencia el sistema de apoteosis de las razas y aun de la humanidad entera, y el gobierno de aquéllas ó de ésta por sí mismas, que no es en rigor otra cosa que el sistema de la democracia y de la aristocracia, tanto en Grecia como en Italia. La teocracia desde este instante es sustituida por la república, y Atenas y Roma surgen, como Minerva, completamente armadas, de la frente de la humanidad deificada.

Mas aun el paganismo va á sufrir una tercera revolución. Llegan los tiempos de Alejandria y aparece en ella Evhemero. El sentido primitivo de los dogmas acaba entonces de perderse por completo, y surge la nueva doctrina de que los dioses no representan ni la Naturaleza ni la humanidad, sino que habían sido en otro tiempo reyes y tiranos, exaltados luego por la servidumbre de los pueblos. Una vez esto admitido, nada ya podía quedar de la institución primitiva del paganismo,

pues que si el hombre pudo fácilmente inclinarse ante el emblema del Dios-universo, hubo de acabar todo para él cuando llegó á convencerse de que en vez de un Brahma dispensador de la existencia, de un Júpiter artista de los mundos, de una Isis vestida del azul de los cielos estrellados, sólo quedaban unos reyes de Creta ó de la Libia. El culto se hizo mercenario y desapareció de los espíritus, y nada demuestra mejor esta extinción de las creencias pasadas que la facilidad con que la nueva doctrina pudo extenderse. Tres siglos antes del advenimiento del cristianismo, el paganismo estaba muerto.

Roma, especialmente, fué quien adoptó sin reserva el dogma de Evhemero, y allí aquel nuevo paganismo creó una nueva sociedad, aunque, á decir verdad, nunca adoró Roma sino á Roma misma, aprisionando y encadenando en el Capitolio, como otros tantos rehenes sagrados, á todos los dioses del universo, que separados de sus pueblos y países, de los cielos en que habían nacido, verdaderos espectros en los que ya ninguna idea se escondía, sólo servían para consagrar el triunfo de la Ciudad Eterna. Verificóse aquella transformación especialmente en tiempo de los emperadores, en cuya época vióse penetrar la doctrina de Evhemero en las leyes y en las costumbres, esto es, el despotismo en el cielo sancionó el despotismo sobre la tierra. Una serie de hombres colocados en la cima del mundo civil, los césares, grandes sacerdotes de la nueva teología, proclamáanse dioses

descendientes en línea recta de los Osiris ó de los Júpiter, no haciendo otra cosa, al realizar su apotheosis, que aplicar lógicamente las doctrinas de su tiempo en materias de religión: el pueblo mismo, si por acaso ellos se olvidaban de hacerlo, encargábase de buen grado de darles un lugar en el cielo. No es otra, en efecto, la conclusión de la mayor parte de las *Vidas de los césares*, por Suetonio. Fué elevado, dice el historiador hablando de cada César, al rango de los dioses, «no ya sólo de palabra, sino por la persuasión del pueblo»: *Non ore modo, sed et persuasione vulgi* (1). He aquí el paganismo completamente desnaturalizado y convirtiendo de caída en caída al dios emperador, que si en un principio se llamó César, después, y cayendo más aún, se llamará Calígula, Claudio, Nerón.

Pero en medio de esta decadencia de la institución religiosa, no dejó el hombre de ganar bajo muchos aspectos, enriqueciéndose con los despojos de los dioses. La propiedad del altar disminuyó sensiblemente, al paso que la tierra, el dominio sagrado, fué cada vez más dividida y secularizada. Al derecho divino sucedió el derecho privado, y al sacerdote el jurisconsulto; el propietario, que en Oriente lo era tan sólo Brahma ú Osiris, lo fué ahora el padre de familia, el individuo, el hombre, en fin, libre ya de sus dioses, que encontrándose solo y sin rival ante el universo, aprovechó aquella

(1) Suetonio, lib. I, pág. 138.

ocasión para arrogarse por el estoicismo la independencia absoluta en el mundo moral, y por la ley civil la plena soberanía sobre las cosas: tal es el espíritu del derecho romano.

El primer efecto en este sentido del cristianismo, al devolver al mundo su Dios, será restablecer por los bienes de la Iglesia un dominio sagrado. Volverá Dios á tomar posesión del globo; entrará el hombre nuevamente en su vasallaje, haciéndole pleito homenaje de su persona; donará el Rey de los reyes y Señor de los señores esa tierra otra vez santificada al príncipe; la transmitirá el príncipe al vasallo, y así, mezclándose este sentimiento de jerarquía y de dependencia de lo infinito en todas las relaciones de la nueva sociedad, servirá de sanción al sistema de los feudos, que sería completamente inexplicable si no se refirieran de este modo las revoluciones del derecho de propiedad á las revoluciones mismas de la ley religiosa.

¿Queremos saber cuál fué la última tentativa de las religiones paganas en presencia del cristianismo? Persuadidos estamos de que si hubiesen podido conservar aquellos cultos la administración del mundo, hubiéranlo conseguido por los medios que ensayaron. Al ruido de la doctrina que hacía revivir los muertos, reanimóse también el paganismo como afrentoso Lázaro, y viendo hacia qué lado se inclinaba el mundo, lanzó en su agonía una luz extraordinaria, y consumió su última hora en transfigurarse. ¡Cosa increíble! aquel cuerpo exá-

nime intentó luchar en juventud, en espiritualismo, en idealidad y en pureza con la palabra nueva, siendo aquel esfuerzo sostenido en Alejandria por las más nobles inteligencias, los Porfirios, los Proclo, los Plotinos y los Julianos. La filosofía, en efecto, conoció entonces que había herido con harta rudeza la fe antigua, y para salvar la religión, prestábale ahora sus doctrinas, convirtiendo instantáneamente aquellos dioses de la materia en dioses del espíritu, emblemas de la más sutil metafísica. Así reparado y exaltado el paganismo, toma asiento á la vez que los Santos Padres en la escuela de Platón, y logra por transformación semejante engañar un momento al mundo, tanto más cuanto que en esta hora suprema, lejos de confiarse á los dioses extenuados de Grecia y de Roma, llama á las divinidades menos conocidas del fondo del Oriente, que aun conservaban por su alejamiento un resto de prestigio. De esta manera el Mitra de los persas, el dios de la luz, purificador, redentor y mediador (pues tenía todos los títulos de la nueva fe) fué opuesto dondequiera en el Occidente al Dios del Evangelio, y vestido con la túnica de los medos y armado con el puñal sagrado, vino á ser realmente el último mantenedor que combatió por el mundo profano. En nombre de la vieja sociedad propagaron los emperadores su culto con ardor desesperado, logrando de este modo, y en fuerza de cubrirse bajo una máscara mística y de afectar todas las fórmulas del cristianismo, extenderse por

las Galias y la Alemania. Era ya tarde, sin embargo, pues en aquel viaje forzado encontró por todas partes la imagen de los doce mensajeros con que la Judea se le había anticipado. En este momento, pues, aquel Dios, nutrido en la luz del sol persa, desapareció ante la luz invisible de Cristo: último día del paganismo. Y es que aquellas religiones habianse contradicho al morir á sí propias; habian querido transformar sus ideas materiales en una idealidad mística, y en esta revolución quedaron desvanecidas y disipadas.

Tales son, en resumen, los principales cambios de las religiones antiguas siguiendo el orden de los tiempos. Primero, la apoteosis de la Naturaleza, el paganismo del Oriente; segundo, la apoteosis de la humanidad, el paganismo de Grecia; tercero, la apoteosis de la ciudad, el paganismo de Roma; cuarto, la apoteosis de la filosofía, el paganismo de Alejandria.

Ya era tiempo de que el cristianismo llegase. Todas las vías habian sido ensayadas en la filosofía, la poesía y la ciencia; las inteligencias se hallaban sin norte; las pruebas, agotadas; los misterios, colmados. Después de tantos esfuerzos, el mundo se hallaba á una abstracción abrazado; la desesperación comenzaba; era preciso morir ó renovarse en el seno del Eterno. La humanidad, entonces anhelante, agotada, llena de horrible tedio, hizo lo que el discípulo bien amado: inclinó la cabeza y descansó en el amplio seno de Cristo.

VI

De las revoluciones religiosas en sus relaciones con la historia del arte

Después de haber deducido de la sociedad religiosa las formas de la sociedad política, falta confirmar el mismo principio en cuanto á las artes, cuya relación con los cultos es aún más perceptible.

¿Cuál es, en efecto, el objeto del arte? La belleza, solución quizá demasiado elemental según general opinión, y sobre todo, demasiado antigua, pero que pudiera, si lo intentásemos, llevarnos más lejos de lo que parece. Porque ¿dónde está la belleza? Hallamos belleza en una flor, en un rayo de sol, en la sonrisa de una criatura mortal, y hasta en todas las cosas la encontramos indudablemente, sólo que de un modo incompleto, pues que en ellas se manifiesta efímera y caduca. ¿Qué sería, pues, si en lugar de esos objetos que no tienen sino la vida de un día, de esa luz que sólo un resplandor prestado posee, encontrásemos en alguna parte la flor que nunca se marchita, el perfume que nunca se disipa, la sonrisa que nunca en llanto se convierte? Entonces y sólo entonces pensaríamos que habíamos tocado la belleza, principio y fin de todas